

El extraño caso de los caballos blancos de Rosmersholm

de Alfonso Sastre

Mariano de Paco

*El extraño caso
de los caballos blancos
de Rosmersholm*

de
Alfonso Sastre

Editorial
Hiru, Hondarribia, 2006

Alfonso Sastre

EL EXTRAÑO CASO
DE LOS CABALLOS
BLANCOS
DE ROSMERSHOLM

LOS CRÍMENES EXTRAÑOS

4

Con la trilogía *Los crímenes extraños*, Alfonso Sastre realizó en 1996 una «curiosa incursión» en un campo cercano al del terror fantástico, que había cultivado en distintos géneros desde tiempo atrás. *¡Han matado a Prokopius!*, *Crímen al otro lado del espejo* y *El asesinato de la luna llena* son los títulos de sus tres piezas. Un subtítulo con común apreciación de género los acompaña («drama policiaco») y se matiza en cada caso con un adjetivo que las apellida con valor distintivo: «político», para el primero; «fantástico», para el segundo; «psicológico», para el tercero. Tales términos delimitan elementos temáticos dominantes particularizadores de las piezas, pero, contemplados en el conjunto, configuran la peculiar especie de la trilogía, que contiene esos tres integrantes en cada obra.

En las páginas que el autor dedica a sus «Diarios de trabajo» y a las «Notas y reflexiones» que preceden a los textos apunta en más de una ocasión la hipótesis de que se «está escribiendo siempre la misma obra o una obra muy parecida» y se pregunta si «en los primeros años de nuestra vida está ya todo lo que habrá de ser después». Este nuevo teatro de Sastre se desarrolla efectivamente bajo cánones diferentes, pero, a la vez, asume caracteres, temas y formas anteriores. Después de la despedida del teatro en 1990, ha surgido otra obra de las cenizas que la precedieron. *Los crímenes extraños* es una creación que se fundamenta en la anterior y que guarda con ella la singular distancia que corresponde a la dualidad de un autor en dialéctica y difícil relación con los escenarios de su sociedad.

En 1998 tuvo Sastre la idea de añadir un episodio a la vida de Rodes en el que este investigaría qué sucedió realmente a un personaje del drama de Ibsen, Rosmersholm. El proyecto quedó abandonado, como nos

cuenta en *Limbus*, pero en noviembre de 2005 resurge orientándose hacia una vertiente metafísica que puede tener algo que ver con una película de Kurosawa, en la que «sus personajes penetran en un cuadro de Van Gogh». En las «Notas para una prehistoria de la escritura de este extraño drama», más breves que las de los otros textos de la trilogía, se pregunta el autor por las razones de esa revivificación, quizá motivada por la voluntad de volver a la creación después de componer varios libros teóricos y por la posibilidad de una puesta en escena de *¡Han matado a Prokopius!*

El drama se escribe con rapidez, de noviembre de 2005 a mayo de 2006, con el obligado paréntesis que entre diciembre y marzo impuso una enfermedad del dramaturgo. Y así *El extraño caso de los caballos blancos de Rosmersholm*, «un episodio, extraño y desconocido, de la vida y las aventuras del hoy difunto inspector de policía Isidro Rodes y su gentil ayudante Pepita Luján» convierte la trilogía en tetralogía y constituye «un involuntario homenaje a Ibsen», admirado autor de cuyo centenario Sastre no había tenido advertencia.

El drama comparte elementos de los tres que lo preceden, con idénticos protagonistas, pero contiene otros que acentúan aspectos de textos anteriores. El primero es el de la duplicidad de espacios, que es una duplicidad de «mundos»: el de los personajes que habitan en la tierra, en Oslo o en Madrid, y el de los que se mueven en el cielo de la poesía en la dimensión 8 del monte Parnaso. Aquellos y estos son reales y por eso se produce una correspondencia entre ellos que es el núcleo del argumento creado por Ibsen y «desestructurado» por Sastre. Esta invención nos hace estar en una situación dual, tan querida por este autor. En tal contexto se encuentra la relación entre el crea-

dor y sus criaturas, «efecto Segismundo» que tiene un espléndido desarrollo en la escena final cuando Sastre recibe en Madrid a Isidro y a Pepita. La ironía y el humor, siempre presentes en la acción, cobran ahora

un alcance que es resumen y conclusión de cuanto hemos visto. *El extraño caso de los caballos blancos de Rosmersholm* resulta, por todo ello, un excelente ejemplo de la reciente dramaturgia de Alfonso Sastre. ■

Electra en Oma ⁽¹⁾

de Pedro Manuel Villora

Los fantasmas de la casa de Atreo turban de nuevo nuestro sueño. Pedro Manuel Villora los ha conjurado y nos los ha metido en casa, si es que aún podemos llamar nuestra a la morada de los «hijos de Aitor, del tótem del toro», como decía Baroja. Porque esa es la cuestión, precisamente: si el viejo palacio ha de ser un islote encerrado en sí mismo o si, por el contrario, ha de compartir los destinos de la Hélade, como hiciera en el pasado, cuando se unió al resto de los dánaos para la empresa común que dio carácter y sentido histórico a la turba de reyezuelos que componían el mosaico aqueo.

Los mitos de la antigua Grecia son de una fecundidad inagotable, tienen un poder de sugestión que continuamente los remorza, siempre están disponibles para inundar de fuerza y de hermosura los nuevos temas que los tiempos nuevos van haciendo aflorar de la conciencia colectiva en el curso de las edades. En esta ocasión, los hijos de Agamenón nos han traído su ilustre conflicto desde Argos a la convulsa Euzkadi, y la remota tragedia renace nuevamente embelleciendo y alumbrando un problema de cotidiana actualidad.

Mi primer contacto con *Electra en Oma* fue previo a la aparición del libro: leí este drama el 20 de noviembre de 2005 como jurado en el *Premio SGAE*, y aquella lectura de un autor oculto bajo la plica tuvo para mí el interés añadido que siempre me despierta el mundo helénico en general y el de los Atridas en particular, en cuyos sangrientos destinos me introduje osadamente hace tiempo, dedicando mi simpatía y

adhesión a la pareja de los «malos», a la reina conyugida y a ese amante suyo tan universalmente despreciado, el cobarde Egisto, de quien hice mi protagonista y cuyo envilecido nombre puse en la portada de mi pieza como título que ya anunciaba su objeto y contenido.

Esta preferencia por los tradicionales antagonistas de los héroes del conflicto no condicionó, naturalmente, la objetividad de mi lectura ni perturbó el placer con que la hice. Aquella visión del mito clásico con que el desconocido autor lo proyectaba sobre una actualidad tan próxima y palpitante como el conflicto vasco, y la belleza con que el tema se exponía, me sugirieron que bien podía ser aquella la obra ganadora del concurso, una posibilidad que bien pronto se desvaneció al hacerse público que le había sido otorgado el *Premio Beckett* en su primera edición, lo que, según las bases, la inhabilitaba para ser premiada en el concurso de la SGAE. Bien: en todo caso, ese otro premio me reafirmaba en mi criterio sobre el valor de la obra, al que por añadidura avalaba el nombre de su autor, un dramaturgo ya reconocido y consagrado. El *Premio Beckett* acreditaba que igualmente hubiera merecido el *Premio SGAE*.

La acción se sitúa en un Argos que es, al mismo tiempo, Euzkadi. Y, más concretamente, centrada y recluida en el bosque de Oma, donde se hallan esos árboles fantásticos de troncos decorados por Agustín Ibarrola, un lugar mítico para albergar el mito. Y, en torno, Euzkadi. Se trata del Argos de Esquilo, de Sófocles y dudosa-

Domingo Miras

Electra en Oma

de
Pedro Manuel Villora

Prólogo
Santiago Martín Bermúdez

Editorial
**Fundación Valparaíso,
Mojácar, abril 2006**

⁽¹⁾ *Premio Beckett de Teatro 2005*